

ria y por el amor de Jesucristo. Esta es la fe que os he dicho que debe ser ardiente, y que nos mueva á amar.

Porque ¿qué es comulgar en memoria de Jesucristo, sino hacer memoria de todo lo que sintió su corazón en la institucion de este Sacramento? *He deseado con ansia*, decia (1) á sus discípulos, *comer esta Pascua con vosotros*. Anhelaba pues con ardor que llegase este feliz momento. No le perdía de vista, y se consolaba con esta memoria en las amarguras de su pasión. ¿Y qué quería decir con esto, sino que se ha de traer á la divina mesa un corazón poseído de amor, un corazón ansioso con hambre y sed de Jesucristo? Porque este pan pide un corazón hambriento.

El cristiano fiel, le dice con S. Agustin: Venid, Señor, á tomar posesion de mi alma para ocuparla toda y reinar solo en ella, para habitar conmigo hasta la consumacion de los siglos. Quizá mi alma es indigna todavía; pero vos la podeis hacer digna: adornadla con vuestra gracia, purificadla con vuestro contacto, renovad su juventud como la del águila. Si aun la quedan señales de sus antiguas culpas, vuestra sangre acabará de borrarlas. Venid, Señor, y con vos me vendrá todo; hacedme gustar cuán dulce sois.

¿Cómo puede tener estos sentimientos el que

[1] Luc. xxii. 15.

va con corazón frío y gusto amortiguado, el que acaba de gustar las diversiones y alegrías del siglo, y aquel á quien ocupan todavía los negocios del mundo y el tumulto de las pasiones? ¿Cómo podrá sentir la inefable dulzura de este pan celestial? ¿No es natural que al pié del trono de la gracia halle las imaginaciones de placeres tan recientes, de intereses tan vivos, de proyectos tan arduos, y de ideas que haciendo sobre el corazón impresiones mas fuertes que la presencia del Salvador, le arranquen del altar de Sion para trasportarle á Babilonia?

Comulgar en memoria de Jesucristo es recordar con la presencia de este Dios de amor todo lo que puede encender el fuego del corazón que le ama. La ausencia entibia los afectos. Jesucristo previó que sus discípulos olvidarian sus beneficios é instrucciones. Moises no estuvo mas que cuarenta dias en el monte, y ya los israelitas habian olvidado los milagros que hizo para sacarlos del Egipto. ¿Dónde está este Moises? decian entre sí; busquemos dioses que nos defiendan.

Para vencer esta inconstancia del corazón humano, Jesucristo nos dejó una prenda en que renueva su presencia, y quiere que con ella nos consolemos de su ausencia sensible; que con ella refresquemos la memoria de su doctrina, de sus milagros, de sus beneficios, y de toda su divina persona; y que al traves de esta misteriosa señal le

veamos naciendo en Belen, criándose en Nazaret, conversando con los hombres, corriendo los lugares y villas de la Judea, haciendo en todas prodigios que ninguno habia hecho, escogiendo discípulos groseros para constituirlos maestros del universo entero, confundiendo la hipocresía de los fariseos, anunciando á los hombres la vida eterna, dejando en todas partes señales de su poder y su bondad, entrando en Jerusalem con gloria, conducido con ignominia al Calvario, espirando sobre una cruz, vencedor de la muerte y del infierno, llevando consigo al cielo los que estaban cautivos, como trofeos de su victoria, y en fin, formando su Iglesia con la efusion de su Espíritu y la abundancia de sus dones: en una palabra, que en ella hallemos á todo Jesucristo con todos sus misterios.

San Juan Crisóstomo decia á su pueblo: Vosotros envidiais la fortuna de una muger que tocó sus vestidos, de una pecadora que le regó los piés con sus lágrimas, de las mugeres de Galilea que tuvieron la dicha de servirle, de sus discípulos que le hablaban familiarmente, de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de salud y gracia que salian de su boca. Vosotros llamais felices á los que le vieron: profetas y reyes le desearon en vano; y vosotros si quereis, solo con venir al altar podeis verle, besarle, darle un ósculo santo, y regarle con vuestro llanto amoroso.

Si quereis, podeis tambien poner en vuestro seno al mismo que se puso en el de la gloriosa María. Nuestros padres iban á la tierra santa para adorar las huellas de sus piés; pero no es necesario correr tierras ni atravesar mares: la salud está cerca de nosotros, y su reino dentro de nosotros mismos. Mirad este altar, abrid los ojos de la fe, y veréis no lugares consagrados por su presencia, sino al mismo Jesucristo. Acercaos en memoria suya, y que vuestro corazon se derita en las llamas del amor, considerando que allí está presente.

Es entónces cuando la memoria de todas sus virtudes debe ser mas viva, que debe estar mas presente al corazon y al espíritu para corregir nuestras flaquezas; y esto será comulgar en su memoria. Pero venir al altar cuando no ha mudado el corazon todos sus sentimientos, y le quedan algunos de los que tenia; acercarse á esta hoguera encendida llevando consigo restos de envidias, delicadezas y amor propio; no haberse desprendido de la sensualidad, de los deseos de agradar al mundo, de la estimacion injusta de riquezas, vanidades y honores; sentirse picado del mas ligero discurso, no poder sufrir la menor señal de desprecio; comulgar en fin, sin traer la semejanza de Jesucristo con la humildad, la paciencia, y todas sus demas virtudes, no seria comulgar en su memoria.

Bien sé que muchas de estas cosas, no siendo mas que imperfecciones y flaquezas, no deben siempre embarazar la comunión; que solo el pecado mortal, que quita la vida de la gracia, debe ciertamente impedir que se acerque al altar. Así no digo que no puedan llegarse los hombres con la esperanza de que este divino pan los fortalezca y acabe de curarlos de estos males que lloran; pero volveré á repetiros que si no se comulga indignamente, por lo menos no se saca todo el fruto que se puede. Y ademas, ¿quién puede juzgar de las disposiciones secretas de cada corazón, sino el Supremo Juez que los ve por adentro? Lo que los hombres podemos saber es, que cuando se comulga con tantas imperfecciones y flaquezas, no se comulga como desea Jesucristo, como el pecador necesita, y como es menester para que sea en memoria de su Salvador.

Lo que podemos saber es, que es peligroso comulgar en este estado cuando las comuniones que se hacen no sirven á mejorarle; que los apóstoles no fueron admitidos á la comunión sino despues que el Señor los lavó los piés, aunque les habia dicho que estaban puros. ¿Y nosotros, llenos de miserias, y casi sin deseos de mudar de vida, nos atreveremos á tocar y á comer del pan de que los ángeles no son dignos?

¿Qué pecador no debería exclamar: ¡O Dios! qué es lo que soy yo á tus divinos ojos? ¿Cómo me

miras ya, escudriñador verídico de los corazones? Nadie puede agradarte y desagradarte á medias; no hay medio entre la inocencia y el delito. Si no soy un justo, soy un delincuente; si no soy vaso de honor, es preciso lo sea de ignominia; si no soy un ángel de luz, lo soy de tinieblas; y si no soy un templo vivo de vuestro Espíritu, no puedo ser mas que un profanador. ¿Qué motivos, señor, para excitar nuestra vigilancia y atención sobre nosotros mismos, para examinarnos, para probarnos y sujetarnos con humildad á la dirección de un ministro prudente!

Si la obediencia nos lleva á la divina mesa, ¿con cuánto terror, circunspección y humildad debemos acercarnos al altar? ¿Con cuántas lágrimas y compunción debemos sentir nuestra indignidad? ¿Con qué ardor debemos pedir que supla estos defectos la bondad divina, y que este mismo pan de que nos reconocemos indignos, nos ponga en estado de recibirle otra vez mejor? Con esto comulgaremos en memoria de Jesucristo; pero tengamos presente que para hacerlo mejor, imitando los ejemplos de su vida, debemos tambien recordar la memoria de su muerte, y anunciarla. Esta es la que he llamado fe generosa.

El Apóstol nos dice: Que siempre que comamos y bebamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo, anunciemos su muerte. ¿Y cómo la podremos anunciar? Nada es mas claro, y todos

los que comulgan la anuncian, tanto el que la profana como el que la recibe en gracia; porque este es un misterio, y no un mérito; es la propia naturaleza del sacramento, y no privilegio del que le recibe; es un efecto necesario de su institucion, y no depende de la disposicion del que comulga. El Apóstol nos advierte esto para que evitemos el abuso, y le comamos dignamente. Nos explica los misterios que incluye para hacernos ver las disposiciones que pide.

Con la comunion pues anunciamos la muerte del Señor de muchos modos. La anunciamos, porque la Eucaristía fué el preludio de su pasion. En los siglos primitivos este misterio era el precursor del martirio. Desde que la persecucion empezaba, todos los fieles se fortalecian con este pan de vida, llevaban á sus casas este precioso tesoro, y con esta prenda de inmortalidad no huian de la muerte, muchos la deseaban con ardor. En las prisiones se alimentaban con él, esperando el martirio. Las castas doncellas, los jóvenes fervientes, y los ministros santos participaban en los calabozos de este sagrado pan, y en aquellos lugares que no presentaban mas que imágenes de tormentos y suplicios, resonaban los alegres cánticos de gracias y los dulces gemidos de la esperanza. De allí salian para presentarse en los cadalsos con una santa firmeza, y derramaban en ellos ojeadas de constancia y magnanimi-

dad, que llenaban de estupor á sus tiranos. Anunciaban pues la muerte del Señor, preparándose al martirio con la comunion.

Si la paz de la Iglesia no permite que la muerte sea hoy la recompensa de la fe; si nos faltan aquellos tiranos extrangeros, ¿no tenemos otros mas crueles, porque son interiores, y en vez de aquel martirio de sangre no puede haber otro de amor? ¿No puede una alma enamorada anunciar la muerte de su Dueño suspirando por la disolucion de su cuerpo con el deseo de ir á gozarle cara á cara? ¿No puede, mirando con horror esta mansion de lágrimas y penas, este abismo terrestre de errores y pasiones, levantar el corazon y volar con las alas de la paloma á la santa montaña á que voló su Esposo? Sí puede; y estos debieran ser los deseos del que viene al altar. Cada uno que comulga fervoroso, debiera con sus suspiros apresurar el fin de su destierro, y el momento de ir á gozar de Jesucristo.

Tambien este misterio anuncia la muerte del Señor, porque Júdas formó en él la última resolucion de venderle. ¿Qué debe producir en el que comulga este recuerdo, sino el ardor de reparar con su amor y respeto tantas comuniones sacrílegas que crucifican de nuevo á Jesucristo, llorar los ultrajes que se le hacen, y confundirse en su presencia de que el mas alto de sus beneficios sea ocasion de los delitos mas horribles,

temblar por sí mismo, adorar su bondad, que en favor de los escogidos sufre tantos y tan indignos sacrilegios, y rogarle aparte de nosotros las calamidades que este delito acarrea á la tierra? Porque si el Apóstol ya se quejaba en su tiempo de que las enfermedades populares, las muertes repentinas, y tantos otros males eran efecto de la profanacion de este Sacramento, ¿cómo no debemos pensar que tantas guerras desolaciones, esterilidades y demas males que nos rodean, no tengan tambien el mismo origen?

Se anuncia tambien la muerte del Señor, porque siendo la hostia el cuerpo de Jesus crucificado, el que la recibe debe estar al pié del altar, como si estuviera al de la cruz. Debe estar como las mugeres y discípulos que recogieron sus últimos suspiros, y fueron testigos de la consumacion de su sacrificio. ¿Qué debian pensar estos corazones fieles de un mundo que crucificaba á su Señor? ¿Con qué ojos podrian ver á sus crueles verdugos? ¿Temerian declararse discípulos de aquel que á costa de su sangre se declaraba tan de veras su Salvador?

El que comulga, pues, y no se declara sino á medias, y casi se avergüenza de la cruz de Jesucristo; el que mezcla cierto aire ó gusto del mundo con la virtud; el que no confiesa á Jesucristo con la frente descubierta, que no se atreve á privarse de un espectáculo en que se le ol-

vida, de una concurrencia en que se le ofende, de un empeño en que se aventura la inocencia, de cierto género de vida que el mundo llama necesario, y no es conforme á las máximas del Evangelio: este no anuncia la muerte; este no es de los discípulos de Jesucristo; por el contrario, conserva inteligencia con sus enemigos, y quizá lo es él mismo: porque Jesucristo ya venció al mundo, ya condenó sus máximas y errores. Anunciar su muerte, es recordar su victoria, y el corazon que vive todavía con la vida del mundo, destruye el fruto de su muerte, disputa á Jesucristo el honor de su triunfo, y en vez de anunciarla, tal vez la renueva con sus enemigos.

Por otra parte, este misterio es la consumacion del sacrificio de la cruz, porque nos aplica su fruto; y nada puede darnos en la comunión derecho al fruto de la cruz, sino los ejercicios de la misma cruz, los sufrimientos, las mortificaciones, y una vida penitente y austera. ¿Cómo pues, el que vive en las delicias puede atreverse á anunciar la muerte del Señor? ¿Cómo el que lisonjea y acaricia un cuerpo relajado con los halagos y placeres, puede tambien alimentarle con una carne crucificada? ¿Quién se atreverá á incorporar un cuerpo moribundo y coronado de espinas con miembros delicados y sensuales?

Esta mezcla fuera monstruosa. El cuerpo de

Jesús está crucificado; sus miembros todos padecen. Si el que comulga no ha mortificado su cuerpo, si no ha hecho violencia á sus sentidos y deseos, si ha pasado su vida en una voluptuosa indolencia, si las aficciones le impacientan, si lo que contradice á su humor le exaspera, si no se ha impuesto obras de mortificacion, ó si no recibe bien las que Dios le envia, jamas podrá unir su carne con la de Jesucristo: y ved aquí por qué una vida afeminada y divertida es un mal anuncio para la comunión.

En fin, se anuncia la muerte del Señor en este misterio, porque el Señor está en él, como en una especie de muerte: tiene boca, y no habla; ojos, y no se sirve de ellos; piés, y no anda. Este es el modelo y el modo con que se anuncia su muerte, cuando se recibe su cuerpo. Es menester llevar unos ojos acostumbrados á no ver la tierra; una lengua instruida á callar, ó no hablar mas que de Dios; unos piés y manos inmóviles para las obras de pecado; los sentidos apagados; miembros mortificados; en una palabra, una como muerte universal de todo el cuerpo.

El estado que tiene Jesucristo en la Eucaristía, es el que debe tener el cristiano en la tierra: estado de retiro, de silencio, de paciencia y humillacion. ¿Cómo está Jesucristo en la Eucaristía? Está en el mundo, como si no estuviera; está en medio de los hombres, pero invisible.

Ve sus vanos discursos, sus esperanzas frívolas, sin tomar parte alguna. Ve sus solicitudes y agitaciones, y los deja obrar. Se le tributan honores divinos, se le ultraja, y siempre es el mismo; parece tan insensible á los insultos como á los respetos. Ve que se renuevan los siglos, las familias y los imperios; que las costumbres se mudan; que el gusto de los hombres y de los tiempos varía; que los usos pasan y se renuevan; que el mundo instable está en revoluciones continuas; que las heregías prevalecen; que su heredad se divide; que las guerras, sediciones y otros muchos movimientos con sacudidas violentas trastornan el universo entero, y él permanece tranquilo entre tantas ruinas. Nada puede sacarle de la íntima inefable atencion con que se une á su Padre: nada turba el divino reposo con que siempre vivo en su santuario está intercediendo por los hombres.

Ve aquí el dechado de los que van á recibirle. Han de llevar á la sagrada mesa ojos, en cuanto sea dable, cerrados á todo lo que puede lastimar el alma, lengua contenida con una guarda de circunspeccion y de pudor, oídos castos que no escuchen los silbos de las serpientes, ni los dulces sonidos del deleite, que corrompen el corazón; una alma tan insensible al desprecio como al elogio, independiente de los sucesos de la tierra, igual en la buena y mala fortuna, que vea con

indiferencia todo lo que pasa, que solo esté atenta á su objeto, que es la eternidad, que no pierda de vista á su Dios, y que tenga su conversacion en el cielo.

No digo que se deba excluir del altar al que no haya llegado á este estado de muerte, pues este debe ser el afan de toda la vida, y la misma carne de Jesucristo nos debe ayudar en esta empresa; pero digo, que para acercarse dignamente, es menester aspirar á ella, luchar con sus sentidos, batallar contra sus flaquezas ganando alguna cosa cada dia: es menester expiar con el retiro, el silencio, la oracion, el llanto y las maceraciones, las continuas victorias que ganan sobre nosotros las impresiones del mundo, y levantarse con ventaja de sus caidas.

Quiero daros á entender, que este sacramento mas ha de ser el fruto que la señal de la penitencia; que para poder sustentarse con la carne de Jesucristo, es preciso vivir ya con su espíritu; que la plenitud del Espíritu Santo ha de venir á morar en su alma, para que el divino Verbo pueda vivir como de asiento en ella; que la lectura de los libros santos y los rigores saludables de la penitencia, deben preparar en el corazon la habitacion de Jesucristo, á fin de que sea el arca santa en que este maná se deposite en medio de las tablas de la ley y de la vara de Aaron.

Quiero haceros comprender que nada debe ha-

cer temblar tanto al que ha vivido en los peligros del siglo, y que debe volver á ellos, como comulgar sin haberse probado y preparado con el arrepentimiento, las lágrimas, el retiro y la confesion; que Jesucristo puede ser ultrajado en su santuario como en las asambleas de los pecadores; en una palabra, que para presentarse con decencia en la mesa del Esposo, es menester que la esposa vaya vestida de la ropa nupcial, de una fe respetuosa que la discierna, de una fe prudente con que se pruebe, de una fe viva que ame, y de una fe generosa con que se sacrifique. El que no va con estos arreos, deshonra en cierto modo la dignidad del Esposo en el sagrado convite de su amor.

El Centurion tenia una fe tan ilustrada como viva: era tan rico en buenas obras, que hacia erigir edificios públicos en honor de Dios; y con todo, no se cree digno de recibirle en su casa. María, la mas perfecta de las criaturas, se asombra cuando un ángel la anuncia que el Verbo iba á bajar á su seno, se confunde, se turba y se humilla. ¿Y qué somos nosotros para sentarnos á su mesa con tan poca precaucion? ¿Cómo se atreve á presentar el que no puede ofrecer mas que las obras de un corazon que el mundo ha pervertido largo tiempo, que no sabe si ha podido arrancárselo por entero, ó si aun le queda algun afecto secreto y delincuente á las criatu-

ras? El que, aunque arrepentido tiene á la vista obras consumadas de pecado que acaba de cometer, y que quizá no puede presentar mas que débiles esfuerzos de salud, deseos que pueden malograrse, intenciones que pueden pervertirse?...

Al oír estas palabras, mi corazón, que despues de largo tiempo estaba comprimido, no pudo mas, y sin que yo pudiera detenerle, prorrumpió en un torrente de lágrimas. Los sollozos y los alaridos salieron atropellándose involuntariamente de mi pecho. Yo queria hablar, y no podia. El llanto me anegaba, y los suspiros me interceptaban las palabras. Yo sentía mi indignidad: corrido, avergonzado, y reconociéndome en el retrato, hubiera querido esconderme á los ojos de la tierra y á las luces del cielo. No podia articular; y hechándome á sus piés, apenas pude decirle con labio balbuciente: *Si, yo soy indigno.* El padre me recogió en sus brazos, se enterneció de verme en aquel estado, sus ojos se llenaron tambien de lágrimas, y haciéndome sentar otra vez, se esforzó á darme consuelo con discursos de dulzura y de paz; y cuando me vió un poco sosegado, me dijo:

No os aflijais, señor; nada de lo que he dicho debe contristaros. Es claro que el hombre no puede prepararse demasiado para este tan alto sacramento, que la intencion de la Iglesia es que

las pruebas y la penitencia le procedan; y por eso ha dispuesto que la comunión pascual no se diera sino despues de los cuarenta dias de cuaresma, mostrándonos que los grandes pecadores necesitan de algun tiempo de prueba y mortificación para llorar sus pecados, para purificarse con la oración y los ayunos, y prepararse con esto á la participacion de los santos misterios. Nos quiere hacer ver que conviene poner algun intervalo de penitencia entre los desórdenes y la mesa del Señor; pues pasar del delito al altar, seria, dice S. Bernardo, consumir la iniquidad, en vez de venir á lavarse con las aguas de la gracia.

Pero, señor, estas máximas que son generales, tienen sus excepciones, y la prudencia debe moderarlas. Cuando la compuncion es viva, cuando las lágrimas de la contrición son abundantes, cuando se ven señales de una conversion sincera, eficaz y completa, la Iglesia misma aconseja que se abrevie el tiempo de las pruebas, y que se consuele el dolor del penitente con el uso de este pan celestial. La gracia suele obrar estos efectos, y hay penitentes tan arrepentidos y penetrados de dolor, que apenas dicen al Padre de familias: Pequé contra el cielo y contra vos, cuando se les puede sentar á su mesa, y restablecerlos en todos los derechos que habian perdido.

Por otra parte, un alma, aunque sinceramente convertida, aunque muy resuelta á servir á Dios abandonando sus pasiones, no puede estar segura de resistir á los peligros, si se considera la inconstancia humana, y es menester sostenerla y fijar su voluntad con la gracia de los santos misterios. Si quedara mucho tiempo sin este socorro, léjos de purificarse con la penitencia, podria debilitarse por su ligereza. Las leyes de la Iglesia estan llenas de condescendencia, de caridad y de cordura: no tienen otro objeto que la salvacion de los pecadores; y todo lo que conduce á este fin, es lo que se conforma mas con sus intenciones. Así conviene muchas veces dispensar de sus reglas para entrar mejor en sus ideas, y ser débil con los débiles para salvarlos á todos.

Vuestras lágrimas, señor, me persuaden de la grandeza de vuestra compuncion; y si, como creo, un deseo ardiente y sincero de recibir á Jesucristo, es lo que os impele á venir á su altar, la vivacidad del amor será acreedora á la mayor prontitud. Vamos, pues; preparaos, y yo soy el que os conducirá. ¡Teodoro! cuando el padre me habló así, cuando le oí que yo podia recibir al Señor, no sé qué terror religioso se apoderó de mí. Yo me sentí erizar los cabellos, un frio general me corrió por todos los miembros, y el corazon me batia con violentos latidos.

Pero habiendo reconocido por sus discursos cuán indigno era de tan excelso don, y que su prudencia no me le concedia sino por atemperarse á mi flaqueza, le respondí que penetrado de mi indignidad, yo me sometia á todas las pruebas, y á todo el tiempo que quisiera imponerme; que yo deseaba ser ménos indigno, y que él podia dictarme todas las leyes que quisiera. El padre me respondió que no era menester detenernos mas; que Dios por su misericordia daria á mi alma las mejores disposiciones; pero yo, que volvia los ojos sobre mi vida pasada, el poco tiempo que habia pasado despues de mi conversion, lo resiente de mis delitos, y la falta de mi penitencia, me llenaba de terror con la idea de llegar en este estado á recibir á mi Dios. Así volví á repetir que yo esperaria todo el tiempo que quisiera; y aunque el padre me volvió á replicar, que no, yo me atreví á consentir. Este debate duró algun tiempo, y hasta que el padre me dijo:

Vuestra resistencia es buena, pues procede de vuestra humildad; pero vuestra obstinacion no fuera cristiana. Vos no debéis juzgaros á vos mismo; vos me habeis escogido por vuestro juez, y soy yo quien os debo juzgar. Tambien sabéis que estoy para con vos en lugar de Jesucristo, que os hablo en su nombre, y que me debéis obedecer. Tomemos pues un temperamento, que

deje algun ensanche á vuestra humildad, al deseo que teneis de prepararos bien, y que no dilate demasiado el fruto que podeis sacar del don divino. Hoy es lúnes: destinemos el domingo, dia de la Resurreccion del Señor, para perfeccionar la vuestra. Aun nos quedan seis dias; ocupemoslos todos en prepararnos lo mejor que podamos. Jamas será como debemos, pero fiémonos en la bondad divina. Ya es tarde, y es tiempo de que me retire; mañana continuaremos esta materia.

Yo respondí, que estaba pronto á obedecerle en todo, y que le rogaba me ayudase con sus oraciones y consejos; porque yo me sentia tan indigno de este excelso favor, como incapaz de disponerme solo. El me lo prometió, y se fué. Yo Teodoro, quedé desasosegado, pareciéndome que el padre me habia señalado un término muy corto, y acusándome de que el terror se apoderase de mí mas que la confianza. Mi noche no fué ni tan dulce ni tan serena como la anterior; pero en mi primera carta verás lo que me pasó en el siguiente dia. A Dios, amigo.

CARTA XXVII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: esta noche la pasé muy desasosegada. A pesar de cuanto me dijo el padre para tranquilizarme, la inquietud que él mismo ocasionó en mi corazon, no me dejaba reposar. Sentia en mi interior que nada podia destruir la conviccion íntima de mi indignidad. ¡Que! me decia á mí mismo, ¡un miserable que ha pasado su larga vida en lo mas profundo de la corrupcion, irá tan presto, y sin ninguna penitencia á sentarse en la mesa preparada para los amigos de Dios? Estas ideas me afligieron toda la noche. La memoria de mis muchos delitos, sobre todo la de algunos mas execrables, y que punzaban mas mi corazon, me llenaba de horror.

Pero la idea que en aquel momento se despertó con mas viveza, y me perseguia con tenacidad, fué la imágen de un hombre que acababa de mo-